

El misterio del destino humano



El misterio del destino humano

Por Roderick C. Meredith

¿Para qué vinimos a este mundo?
¿Por qué permite Dios que sus escogidos pasen por años y aun décadas de pruebas y persecuciones?
¿Por qué es tan importante “vencer”?

Hay un PROPÓSITO grandioso y portentoso por el cual estamos en este planeta.

Edición 3.0 2013
Reservados todos los derechos
Copyright © 2014 Living Church of God®

Título original en inglés:
Your Ultimate Destiny
Traducción: Mario Hernández

Este folleto no es para la venta

Es un servicio educativo *gratuito* que se ofrece en beneficio del público.

Salvo indicación contraria, los pasajes bíblicos que se citan en esta publicación han sido tomados de la versión Reina Valera, revisión de 1960.

Impreso en Canadá

La mayoría de los seres humanos nunca se detienen a pensar cuál es el propósito de su vida. La verdad es que muchos suponen que no hay un propósito. En su caso personal, ¿cree usted que hay un designio para su vida? ¿Hay alguna razón trascendental por la cual usted existe? ¿Cabe acaso la posibilidad de que el destino que le espera sea algo increíblemente interesante y satisfactorio, sea cual fuere su situación actual? ¿Puede tener la certeza absoluta de que el futuro le tiene reservadas felicidad, alegría y paz duraderas?

O, ¿es su vida en esta Tierra una existencia efímera y llena de decepciones, un ir y venir sin un propósito trascendental, como la vida de las aves, de las abejas, o para ser más gráficas, de los gusanos que se arrastran por el suelo? Es obvio que usted, como ser humano, está dotado de una inteligencia que estas criaturas no poseen: puede imaginarse el futuro, tener sueños y esperanzas, y es dueño de un ingenio creativo que no tiene paralelo en ninguna otra forma de existencia física. La pregunta que surge es esta: ¿Todo este potencial, todos estos dones y sueños; perecen con nosotros al morir cuando “el polvo que somos vuelve al polvo”?

Estas son cosas que merecen reflexión. Es cierto que muchos creen que si no se condenan, su destino es ir al Cielo para pasar allí toda una eternidad; aunque no saben muy bien cuál va a ser su función. Esta es la vaga idea que perdura en la mente de millones de personas. Sin embargo preguntamos: ¿Puede alguien demostrar con pruebas fehacientes **cuál es**

su destino como ser humano? ¿Hay alguna forma de saberlo?

Lo cierto es que está claramente revelado en la Biblia, el manual de instrucciones que el Creador inspiró para la humanidad. Dios decreta en la Biblia el destino de imperios y naciones; y predice acontecimientos futuros que harán estremecer al mundo. Son profecías que están cobrando vida ante los ojos de la generación actual.

En ese mismo manual, en forma más serena pero profunda, el Creador revela también su *designio* para el ser humano, el verdadero propósito de su vida y la mía. La Biblia llama a ese designio “misterio escondido” de Dios. Y en realidad es un misterio aun para la mayoría de quienes se consideran cristianos. Es algo que supera la imaginación del ser humano. Y a la vez es algo tan obvio, tan sencillo y poderoso en su lógica; que a veces nos preguntamos cómo no lo comprendimos antes.

¿Cuál es ese misterio del destino humano? ¿Cuál es el propósito de la existencia humana?

La humanidad es producto de un DESIGNIO

La humanidad no apareció en la Tierra por casualidad. No somos producto del azar. El sentido común nos enseña que el complejo mecanismo de un reloj suizo no es el resultado de un lento proceso evolutivo que se prolongó durante millones de años en un medio rico en minerales que se nutrían de la carga eléctrica de rayos y relámpagos. Si bien es posible que la arena y los elementos hayan sufrido ciertas transformaciones a lo largo de miles de millones de años, sabemos muy bien que, sin designio y sin diseño, el delicado y complicado mecanismo que produce la exactitud de un reloj suizo **jamás** sería el producto de la falta de propósito, del simple azar o la casualidad.

A pesar de esto, la mayoría se adhiere a la teoría de la evolución, para no ir en contra de la “corriente intelectual”, según la cual, la mente humana cuya complejidad y capacidad son inmensamente superiores a cualquier reloj o computadora, es simplemente el producto de un “accidente” del proceso evolutivo.

Si este es su concepto de la vida, más vale que se detenga aquí en la lectura, mientras Dios no le abra el entendimiento, no va a comprender nada del supremo destino de su existencia ni de ninguna otra verdad espiritual. Como está escrito: “Lo que se ve fue hecho de lo que no se veía” (Hebreos 11:3).

La Palabra revelada del Creador nos enseña que el hombre fue

creado con un propósito. El Génesis, primer libro de la Biblia, nos enseña claramente que las criaturas fueron hechas “según su especie” (Génesis 1:21, 24-25). Después dijo Dios: “Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza” (v. 26).

Tenemos aquí dos puntos de vital importancia. Primero, vemos que el verbo aparece en plural: “Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza”. Lo que aquí se indica es que son dos personas las que hablan de la creación del hombre a su imagen. Se trata obviamente de Dios el Padre y del Logos o el “Verbo” (la Palabra), quien más tarde habría de nacer de la virgen María como Jesús de Nazaret (Juan 1:1-2, 14).

El segundo punto lo indica la continuación del versículo 26 de Génesis 1: “y señoree en los peces del mar, en las aves de los cielos, en las bestias, en toda la Tierra, y en todo animal que se arrastra sobre la tierra”. Al ser humano le fue dado desde el principio señorío, facultad de regir al mundo material. Desde el principio se le encomendó un deber y se le dio la oportunidad de valerse de la razón y del poder creador de la imaginación.

Veamos por ejemplo estas palabras inspiradas del rey David: “¿Qué es el hombre, para que tengas de él memoria, y el hijo del hombre, para que lo visites? Le has hecho poco menor que los ángeles [En hebreo *Elohim*], y lo coronaste de gloria y de honra. Le hiciste señorear sobre las obras de tus manos; todo lo pusiste debajo de sus pies” (Salmos 8:4-6). Vemos aquí que Dios tiene un propósito muy especial para el hombre, a quien hizo un poco menor que “*Elohim*”, vocablo griego que usualmente significa **Dios**. Tal como acabamos de ver, Dios coronó al hombre de honra y de gloria y lo hizo “señorear sobre las obras de [sus] manos” (v. 6).

Dotado de talento incomparable

El ser humano recibió desde el principio una *mente* que constituye la diferencia esencial entre el cerebro humano y el cerebro animal. A diferencia de las demás criaturas que hay en la Tierra, el hombre posee imaginación creadora y aun la capacidad de analizarse a sí mismo. Además le fue dada, en cierta medida, la capacidad de juzgar entre el bien y el mal; uno de los atributos de Dios!

Cuando la humanidad se entregó a la tarea de construir la torre de Babel, Dios dijo: “He aquí que todos son un solo pueblo con un mismo lenguaje, y este es el comienzo de su obra. Ahora nada de cuanto se propongan les será imposible” (Génesis 11:6, Biblia de Jerusalén). Lo que hallamos aquí claramente indicado es que, si Dios no lo hubiera impedido,

aun en aquel tiempo la humanidad habría “progresado” hasta el punto de poder destruirse a sí misma, como es el caso en la era actual.

Lo que hoy estamos presenciando es una comunidad científica mundial que cuenta con un idioma común para el intercambio de datos y que ha progresado hasta el punto en que tiene la capacidad de destruir el mundo entero. El hombre puede lanzar inmensas y complejas naves al espacio sideral y ha inventado sistemas de informática que le permiten almacenar y utilizar instantáneamente miles de millones de datos. Cuenta también con los medios técnicos para liberar la energía del átomo y detonar la bomba de hidrógeno en enceguedora y fulminante *explosión*.

Previendo la situación que vivimos en nuestra época, Jesucristo predijo hace casi dos mil años: “Habrá entonces angustia tan grande como no ha habido desde que el mundo es mundo, ni la habrá nunca más. Si no se acortasen aquellos días, nadie escaparía con vida; pero por amor a los elegidos, se acortarán” (Mateo 24:21-22, Nueva Biblia Española).

Si Dios no interviene antes de que sus criaturas se destruyan a sí mismas, la humanidad va rumbo a la *aniquilación* de toda forma de vida en el planeta Tierra. Sin embargo, como veremos más adelante, Dios dotó al ser humano de gran inteligencia con un propósito, y ***el propósito de Dios se cumplirá***.

Creados para gobernar

Como ya lo indicamos, Dios le dio al hombre desde el principio la misión de señorear sobre la creación y el poder y el deber de ayudar a dirigir y a juzgar a sus congéneres bajo la autoridad de Dios (ver Éxodo 18:13-26). El ser humano fue dotado desde el principio con facultades semejantes a las de Dios.

Después, cuando Jesucristo vino a predicar el evangelio, anunció continuamente el futuro advenimiento del gobierno de Dios en la Tierra: “Después que Juan fue encarcelado, Jesús vino a Galilea predicando el evangelio del Reino de Dios, diciendo: El tiempo se ha cumplido, y el Reino de Dios se ha acercado; arrepentíos, y creed en el evangelio” (Marcos 1:14-15). Ese futuro gobierno mundial fue predicho por la mayoría de los profetas, por Jesucristo mismo y por los apóstoles Pedro, Pablo y Juan.

Después de describir los cuatro grandes imperios que iban a dominar el mundo antes del fin de esta era, el profeta Daniel señaló: “En los días de estos reyes el Dios del Cielo levantará un reino que no será jamás destruido, ni será el reino dejado a otro pueblo; desmenuzará y consumirá

a todos estos reinos, pero él permanecerá para siempre” (Daniel 2:44).

La mayoría de las parábolas de Jesucristo se refieren al Reino de Dios. En Marcos 4:30-32 Jesús compara el Reino de Dios con un grano de mostaza. Aunque su inicio es muy pequeño, nos muestra que el Reino de Dios alcanzará dimensiones grandiosas. La parábola de las minas (Lucas 19:12-19) nos enseña que los que venzan y aprendan a utilizar sus talentos según el designio de Dios, recibirán autoridad para gobernar en las ciudades del futuro Reino mundial de Jesucristo. A aquel cuya mina produjo diez minas, Jesús le dijo: “Está bien, buen siervo; por cuanto en lo poco has sido fiel, tendrás **autoridad sobre diez ciudades**” (v. 17). Al siervo cuya mina había producido otras cinco, le dijo: “Tú también **sé sobre cinco ciudades**” (v. 19).

En la víspera de su muerte Jesús les dijo a los apóstoles: “Yo, pues, os asigno un reino, como mi Padre me lo asignó a mí, para que comáis y bebáis a mi mesa en mi Reino, y **os sentéis en tronos juzgando a las doce tribus de Israel**” (Lucas 22:29-30). Si damos crédito a las palabras de Jesucristo, entonces sabremos que el Hijo de Dios prometió específicamente a los cristianos “vencedores” el **gobierno** sobre las ciudades y naciones de la Tierra.

Las siguientes son palabras de Jesucristo, que el apóstol Juan consignó en el libro del Apocalipsis: “Al que venciere y guardare mis obras hasta el fin, yo le daré autoridad sobre las naciones, y las regirá con vara de hierro, y serán quebradas como vaso de alfarero; como yo también la he recibido de mi Padre... Al que venciere, le daré que se siente conmigo en mi trono, así como yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono” (Apocalipsis 2:26-27; 3:21). Veamos ahora la oración celestial consignada en Apocalipsis 5:10: “Nos has hecho para nuestro Dios reyes y sacerdotes, y **reinaremos sobre la Tierra**”.

Veamos finalmente lo que dice Apocalipsis 20:6: “Bienaventurado y santo el que tiene parte en la *primera* resurrección; la segunda muerte no tiene potestad sobre estos, sino que serán sacerdotes de Dios y de Cristo, y **reinarán con Él mil años**”. Es innegable que los verdaderos santos son aquellos que Dios llama y prepara durante esta vida para que sean vencedores y *reinen* con Jesucristo sobre las ciudades y naciones de la Tierra. Las Escrituras son absolutamente claras sobre este punto.

No obstante, son muchos los teólogos que han perdido de vista el plan y designio que Dios ha revelado claramente en las Sagradas Escrituras. No entienden que los verdaderos cristianos son llamados para cumplir un *propósito* grandioso y sublime.

Únicamente para vencedores

Dios dice que únicamente los vencedores estarán en su Reino. Solamente los vencedores gobernarán con Cristo sobre esta Tierra. En el Nuevo Testamento se nos exhorta a *llegar a ser* como Dios. Jesucristo dijo: “No solo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios” (Mateo 4:4). Y más adelante agregó: “Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los Cielos es perfecto” (Mateo 5:48).

La siguiente exhortación viene por medio del apóstol Pedro: “Como aquel que os llamó es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir, porque escrito está: Sed santos, porque yo soy santo” (1 Pedro 1:15-16). El apóstol Juan lo confirma con estas palabras: “No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él” (1 Juan 2:15). El apóstol Santiago escribió: “Someteos, pues, a Dios; resistid al diablo, y huirá de vosotros” (Santiago 4:7).

La fórmula es clara. Los verdaderos cristianos deben vencer su propensión al orgullo y los instintos primarios de su naturaleza carnal, deben vencer al mundo y sus tentaciones; y finalmente resistir al mismo Satanás. Pedro concluye su última carta con esta exhortación: “Creced en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. A Él sea gloria ahora y hasta el día de la eternidad. Amén” (2 Pedro 3:18).

Como seres humanos estamos sujetos a toda clase de debilidades y pecados. Pero mediante el *estudio* diligente y continuo de la Biblia, mediante la *oración* ferviente y constante a diario y de rodillas y la sumisión total de nuestra vida a Dios; tenemos que *vencer* nuestra tendencia al pecado y dejar que nuestro Padre celestial, por medio de su Espíritu Santo, estampe en nosotros su carácter santo y justo.

Sabemos que no alcanzaremos la perfección en esta vida; sin embargo, nuestro progreso tiene que ser patente porque la orden es que seamos perfectos como nuestro Padre celestial; por lo tanto, debemos reflejar su naturaleza y su carácter. Esta es la razón por la cual los verdaderos cristianos tienen que pasar por tantas pruebas y persecuciones.

El apóstol Pablo escribió: “Todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús padecerán persecución” (2 Timoteo 3:12). Jesús también dijo al respecto: “No penséis que he venido para traer paz a la Tierra; no he venido para traer paz sino espada: Porque he venido para poner en disensión al hombre contra su padre, a la hija contra su madre, y a la nuera contra su suegra; y los enemigos del hombre serán los de su casa” (Mateo 10:34-36). El apóstol Pedro nos hace esta advertencia: “Amados, no os

sorprendáis del fuego de prueba que os ha sobrevenido, como si alguna cosa extraña os aconteciese” (1 Pedro 4:12).

Es evidente que el verdadero cristiano tiene que vencerse a sí mismo, vencer al mundo y los ataques de Satanás. El verdadero cristiano va a ser acosado y perseguido quizás hasta el punto de sufrir el martirio a manos de los enemigos de Dios.

¿Por qué es necesario el desarrollo del carácter?

¿Cree usted que todas las dificultades y pruebas que un cristiano pasa en la vida tienen como único propósito unas vacaciones eternas en el Cielo tañendo el arpa y viendo pasar las nubes? O, ¿será nuestro destino llegar a ser mensajeros de Dios como los ángeles? Después de todas las pruebas, dificultades, lágrimas y agonías que padezcamos tratando de superar sufrimientos; ¿no será nuestro destino ser mayores que los millones de seres creados que componen las huestes angélicas?

La verdad es que el asombroso propósito de la existencia humana va mucho más allá de lo que los santos ángeles y arcángeles pueden experimentar. Imaginar nuestro destino es verdaderamente inspirador, y aunque asombroso, es sencillo. El objeto de las pruebas y dificultades de esta vida es que aprendamos a *someternos totalmente* a Dios quien, por medio de su Espíritu, nos transmite su mente, su amor y su carácter. La verdad es que ***¡Dios se está reproduciendo a sí mismo!***

Sí, usted lo leyó correctamente. Y lo exhorto a que continúe leyendo y le pida a Dios claridad mental y discernimiento. No haga suposiciones. La seguridad espiritual radica en el deseo sincero de “examinarlo todo” (1 Tesalonicenses 5:21) a la luz de la Palabra de Dios. Porque el gran **propósito** de la vida humana está revelado y claramente consignado en las páginas de la Biblia.

Volvamos al libro del Génesis y examinemos una vez más lo que Dios hizo en el principio. Los animales fueron creados “según su especie” (Génesis 1:24). Todos podemos constatar que del ganado vacuno nace ganado vacuno y que los leones al reproducirse lo hacen según su especie. Este fue el orden que Dios estableció en la creación. Y luego dijo Dios: “Hagamos al hombre a *nuestra* imagen, conforme a *nuestra* semejanza” (v. 26). Dios estaba indicando de antemano que la Familia Dios, que ahora la constituyen el Padre y su Hijo Jesucristo, se iba a reproducir; agregando más miembros a la **Familia de Dios**. ¿Es acaso blasfemia decir que el propósito de Dios es reproducirse “según su especie”?

Así lo pensaron algunos de los dirigentes religiosos en la época de

Jesucristo. Tal vez le sorprenda saber que el tema de la Familia de Dios fue objeto de gran polémica entre Jesucristo y los jefes religiosos de su época, porque Jesús les dijo: “Yo y el Padre **uno** somos” (Juan 10:30). Esta declaración suscitó la ira de los jefes religiosos hasta el punto de considerar a Jesucristo como hereje digno de muerte.

Cuando Jesús les preguntó por qué lo iban a apedrear, los jefes religiosos replicaron: “Por buena obra no te apedreamos, sino por la blasfemia; **porque tú, siendo hombre, te haces Dios**” (Juan 10:33).

Examinemos ahora *cuidadosamente* lo que dijo Jesús para defenderse de la acusación de blasfemia: “¿No está escrito en vuestra ley: Yo dije **dioses sois**? Si llamó dioses a aquellos a quienes vino la Palabra de Dios (y la Escritura no puede ser quebrantada), ¿al que el Padre santificó y envió al mundo, vosotros decís: Tú blasfemas, porque dije: Hijo de Dios soy?” (vs. 34-36).

La escritura a la cual se refirió Jesucristo se encuentra en Salmos 82:6: “Vosotros sois *dioses*, y todos vosotros hijos del Altísimo”. El vocablo hebreo que aquí aparece traducido como “dioses” es *Elohim*. Es la misma palabra que en Génesis 1:1 se traduce como “**Dios**” y se emplea *centenares* de veces en todo el Antiguo Testamento para referirse a la Deidad. Hay eruditos modernos que aseguran que la palabra significa simplemente “jueces poderosos”. Sin embargo, esta no es una explicación válida del uso del vocablo hebreo *Elohim*. Si lo fuera, Jesucristo no hubiera escogido este pasaje de la Escritura en una situación de vida o muerte. Él se valió de este pasaje de los Salmos para demostrar claramente que **el hombre tiene un potencial divino**, que la humanidad fue realmente “hecha a imagen” de Dios. Obviamente, los jefes religiosos que estaban allí con Jesucristo sabían que Él era de carne y hueso como ellos. Por otra parte, como Jesús era “el Hijo de Dios”, **no** estaba profiriendo una blasfemia al llamar a Dios su Padre.

Esta polémica había surgido antes en el mismo Evangelio de Juan cuando estos jefes religiosos trataron de matar a Jesucristo porque lo acusaban de quebrantar el sábado y porque “también decía que Dios era su propio Padre, Haciéndose igual a Dios” (Juan 5:18). Evidentemente, reconocían que un hijo verdadero es **igual a su padre**.

En mi caso personal tengo el privilegio de ser padre de cuatro hijos y dos hijas. Tal como Dios lo dispuso, me he reproducido “según mi especie”. Mis hijos y mis hijas son *totalmente humanos* al igual que yo. Si bien es cierto que yo tengo más experiencia y conocimiento y soy el “patriarca” de mi familia, mis hijos son tan humanos como lo soy yo, y

como tales tienen las mismas facultades, dignidad y potencial humanos que tengo yo.

¿Y qué ocurre en el caso de los *hijos* de Dios? ¿Estaremos tan acostumbrados al sonido del lenguaje religioso que ya no *entendemos* el *significado* de las palabras que utilizamos? ¿No nos damos cuenta de que un auténtico “hijo” de Dios va a ser **como su Padre celestial**?

Significado bíblico de “Elohim”

El primer nombre que Dios se atribuye en el Antiguo Testamento es “*Elohim*”. En el principio creó Dios (en hebreo *Elohim*) los Cielos y la Tierra (Génesis 1:1). El nombre *Elohim* aparece 31 veces en el primer capítulo del Génesis y claramente identifica a Dios como el **Creador**.

Todos los especialistas concuerdan en que el nombre hebreo *Elohim*, que designa al Dios Creador, es un sustantivo plural. Hay quienes piensan que este nombre plural de Dios es *prueba* de que el Dios del Antiguo Testamento estaba constituido por más de “un Ser”. Otros *niegan* este concepto, pero no hay duda de que la terminación plural hebrea *im* da lugar a la posibilidad de que haya *más de un Ser* en el concepto del Dios hebreo tal como aparece en el Antiguo Testamento.

Gramaticalmente la forma “*Elohim*” lleva en sí la terminación plural *im*. En Éxodo 12:12 tenemos un claro ejemplo de la función plural en este sustantivo: “Todos los *dioses* de Egipto”. La palabra *dioses* en este versículo es *elohim* en el texto hebreo. En esta función “*elohim*” puede ir precedido de un artículo definido “los dioses”. Ejemplo: “Ahora conozco que el Eterno es más grande que todos *los dioses*” (Éxodo 18:11). En hebreo “*elohim*” puede ir acompañado de *adjetivos en plural*. La expresión “otros dioses” aparece con frecuencia en el libro del Deuteronomio. En Salmos 97:7 la forma plural del verbo concuerda con *elohim*: “Póstrense a Él todos los dioses”. Lo sorprendente del Antiguo Testamento es que utilice esta *forma plural de Elohim* para designar al único Dios de Israel” (*Anchor Bible Dictionary*, edic. inglesa, vol. 4 pág. 1006).

La Biblia contiene pruebas irrefutables de que el sustantivo plural *elohim* no encaja con el concepto trinitario de Dios, sino con el concepto de una Familia divina que se compone de más de un miembro. Si Dios

fuera a estar por siempre limitado a ser Padre e Hijo, entonces podríamos suponer que habría utilizado el vocablo hebreo **Elohaïm** que indica este tipo de dualidad. Pero Dios (en hebreo *Elohim*) no empleó la palabra **Elohaïm** (que indica dualidad) sino el término **Elohim**, que indica pluralidad. ¿Por qué se valió Dios del término **Elohim**? Simplemente porque *Elohim* es una Familia de seres divinos, una Familia a la cual podrán más tarde añadirse muchos hijos e hijas divinos, tal como está revelado en 2 Corintios 6:18.

Una de las mayores pruebas de que *Elohim* debe entenderse en su sentido plural, es la forma como Dios emplea dicha palabra en la Biblia: “Entonces dijo Dios: **Hagamos** al hombre a **nuestra** imagen, conforme a **nuestra** semejanza” (Génesis 1:26). Es evidente que Dios **no** dijo: “**Haré** al hombre a **mi** imagen, conforme a **mi** semejanza”. La Biblia no dice en ninguna parte que los ángeles sean creadores. El atributo de “Creador” le pertenece siempre a Dios.

Por otra parte, muchos pasajes de las Escrituras demuestran de manera irrefutable que la palabra *Elohim* ha de entenderse en sentido plural:

1) Jesucristo dijo: “El Padre mayor es que yo” (Juan 14:28). Si bien es cierto que únicamente hay “**un Dios**”, no es correcto, según las Escrituras, decir que Dios es “un solo Ser”. Si el Padre y el Hijo no fueran dos seres o personas distintas, Jesucristo no hubiera podido decir que el Padre es *mayor* que Él.

2) En Mateo 22:41-46 Jesús reveló que el Salmo 110:1 se refiere a Él y al Padre: “Dijo el Señor [en hebreo *Yahweh* = el Padre] a mi Señor [en hebreo *Adonai* = el Hijo]: Siéntate a mi derecha [la diestra del Padre], hasta que ponga a tus enemigos [los enemigos del Hijo] por estrado de tus pies”.

Muchas escrituras revelan que actualmente solo dos personas, a saber, el Padre y el Hijo, integran la Familia divina. La llamada “trinidad” no se enseña ni se menciona en ninguna parte de la Biblia. Antes bien, el Dios Todopoderoso revela que todos aquellos que se convierten en hijos e hijas de Él (2 Corintios 6:18) mediante el *engendramiento espiritual* nacerán en la Familia de Dios como seres glorificados, espirituales e inmortales cuando llegue la resurrección (1 Tesalonicenses 4:13-18; 1 Corintios 15:50-57).

En la resurrección los justos dejarán de ser humanos mortales y serán transformados en seres divinos e inmortales. En su condición de hijos inmortales de Dios, serán superiores a los ángeles (a quienes juzgarán: 1 Corintios 6:3). En aquel entonces serán dignos de que los seres humanos

vengan a postrarse delante de ellos (Apocalipsis 3:9).

Elohim es un sustantivo plural que indica que Dios es una Familia de seres divinos, no una *trinidad* cerrada de la cual no pueden entrar a formar parte los hijos de Dios cuando sean transformados en una *Familia de seres divinos*. El concepto bíblico de *Elohim* da lugar a una **pluralidad de seres divinos en la Familia de Dios**. Las Escrituras hebreas señalan claramente que esta palabra, *elohim*, debe tomarse en su sentido literal. ¿Creemos en la Palabra de Dios? Dios mismo dijo: **“Hagamos al hombre a nuestra imagen”**.

“Nacer” mediante la resurrección

Los que creen en la Palabra de Dios y se arrepienten en esta vida, se convierten en hijos engendrados de Dios mediante el Espíritu Santo. El Espíritu que reciben es un Espíritu “de poder, de amor y de dominio propio” (2 Timoteo 1:7). El Espíritu de Dios nos hace partícipes de la naturaleza divina.

Cuando sometemos nuestra voluntad a Dios y a la guía del Espíritu Santo y bebemos continuamente de su Palabra mediante el estudio de la Biblia y la oración, *crecemos* en madurez espiritual hasta que llegue el tiempo de *nacer plenamente* de Dios en el momento de la resurrección de los muertos.

Jesucristo, nuestro ejemplo y nuestro precursor, “fue declarado Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad, por la *resurrección* de entre los muertos” (Romanos 1:4). Más adelante en la misma carta a los Romanos, el apóstol Pablo escribió por inspiración divina, que Dios predestinó a los verdaderos cristianos “para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que Él sea el **primogénito entre muchos hermanos**” (Romanos 8:29).

Todos los que verdaderamente se sometan a Dios llegarán a ser como Jesucristo, de tal manera que Él será el *primogénito* de entre todos los hijos de Dios, hijos en el sentido literal de la palabra, como Jesucristo, quien es el primogénito y autor de nuestra salvación.

El apóstol Pablo lo confirma con estas palabras: “Él es la Cabeza del cuerpo que es la Iglesia, Él que es el principio, el *primogénito de entre los muertos*, para que en todo tenga la preeminencia” (Colosenses 1:18).

Por segunda vez Dios nos muestra claramente que para “nacer de nuevo” como Jesucristo, *el primogénito de entre los muertos*, nosotros también tenemos que “nacer” en la *Familia de Dios* mediante la *resurrección* de entre los muertos.

También el apóstol Juan, por inspiración de Dios, nos dice en Apocalipsis 1:5 que Jesucristo es “el *primogénito* de los muertos”. Si Jesucristo es el “primogénito”, esto significa que hay otros. Si el “primogénito” de Dios es *Dios*, entonces los que nacerán más tarde, habiendo sido engendrados por *el mismo Padre*, también entrarán a formar parte de la Familia de Dios.

A lo largo y ancho de la Biblia es muy clara la enseñanza de que la única forma de salir del estado de muerte es mediante la *resurrección*. Acabamos de mencionar tres escrituras que demuestran claramente que los que en verdad “nacen de nuevo” vuelven a nacer mediante la resurrección de entre los muertos y son completamente transformados en miembros de la “Familia de Dios” en el plano de la existencia divina, al igual que Jesucristo.

¿Quién será siempre la Autoridad suprema?

La Biblia nos enseña que el Padre *siempre* será mayor en poder y autoridad. Es obvio que Dios el Padre nunca va a envejecer ni se va a jubilar, ni va a morir. Por lo tanto, *siempre* será el jefe indiscutible de la Familia de Dios. Jesucristo mismo dijo: “El Padre mayor es que yo” (Juan 14:28).

La Biblia nos enseña además que Jesucristo *siempre* será mayor que los otros hijos que nacerán en la Familia de Dios. Él es el que se sienta a la diestra del Padre (Hebreos 8:1). Él es el “Rey de reyes” (Apocalipsis 19:16). Él será *siempre* nuestro Sumo Sacerdote (Hebreos 6:20).

El principal *propósito* de la vida cristiana es la reconciliación del hombre con Dios. El Espíritu Santo guía a la persona en todo el proceso de *sumisión total* a Dios y a nuestro Salvador, Jesucristo. Gracias al Espíritu Santo la persona *crece* en la gracia y el conocimiento, en el carácter mismo de Jesucristo (2 Pedro 3:18). Con la ayuda de Dios este es un proceso que incluye superación personal y aprender a vivir “de toda palabra de Dios” (Lucas 4:4).

Para estar cerca de Dios es necesario el estudio profundo de la Biblia, lo que equivale a “comer” el pan espiritual de vida (Juan 6: 56-63), para que esta se convierta en nuestra manera de pensar y actuar. Para vencer y superarse es indispensable la oración ferviente a Dios, no solo una sino varias veces al día, para mantenerse continuamente en espíritu de oración. Es esencial también la meditación constante en la Palabra de Dios y el ayuno frecuente, uno de los medios más eficaces para acercarse a Dios.

Haciendo todo esto y sometiéndose a Dios diariamente para que *Jesucristo viva su vida en nosotros* mediante el Espíritu Santo (Gálatas 2:20), el verdadero cristiano aprende a “caminar con Dios”. Mes tras mes y año tras año, el cristiano que se somete totalmente se va asemejando más y más a su Creador. El que tenga fe auténtica debe vivir de esta manera, porque Jesucristo nos dijo: “Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los Cielos es perfecto” (Mateo 5:48). También el apóstol Pedro exhorta a los cristianos con estas palabras: “Como aquel que os llamó es santo, sed también vosotros **santos en toda vuestra manera de vivir**” (1 Pedro 1:15).

En su segunda carta el apóstol Pedro nos explica: “Como todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad nos han sido dadas por su divino poder... por medio de las cuales no ha dado preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas llegaseis a ser participantes de la *naturaleza divina*, habiendo huido de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia” (2 Pedro 1:3-4).

¿Significan todas estas escrituras lo que dicen? Si tenemos honradez no podemos hacer caso omiso de tantas escrituras inspiradas que nos instan a ser “santos”, a ser “como Dios” y a someternos a Él para que pueda transmitirnos su *naturaleza divina*. Es lógico, pues, concluir que el propósito de Dios desde el principio ha sido reproducirse a sí mismo. Esto es lo que la Familia de Dios (*Elohim*) tenía en mente cuando dijo: “Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza” (Génesis 1:26).

“Nacidos de nuevo” ... ¿como hijos INFERIORES?

Ya hemos visto que Jesucristo es el “*primogénito* entre muchos hermanos” (Romanos 8:29). ¿Tendrán los hermanos menores que aún han de nacer muchísima *menos* gloria que Jesucristo?

Si bien es cierto, como ya lo explicamos, que Jesucristo siempre será mayor en poder y autoridad, la Biblia indica claramente que los hijos de Dios nacidos del Espíritu estarán en la misma categoría de hijos, tal como su hermano mayor Jesucristo, quien “no se avergüenza de llamarlos hermanos” (Hebreos 2:11). Por lo tanto tendrán gloria y majestad divinas. Cuando Jesucristo se transfiguró, “resplandeció su rostro como el Sol” (Mateo 17:2). El mismo Jesucristo dijo: “Los justos resplandecerán como el Sol en el Reino de su Padre. El que tenga oídos para oír, oiga” (Mateo 13:43).

El apóstol Pablo lo sabía muy bien, pues dice en Romanos 8:18: “Tengo

por cierto que las aficciones del tiempo presente no son comparables con la *gloria* venidera que en nosotros ha de manifestarse”. Muchos versículos de la Biblia indican que los sufrimientos, pruebas y dificultades que nos hacen vencedores en esta vida, tienen como propósito esculpir en nuestro espíritu el carácter de Dios y prepararnos para *nacer* en la resurrección de los muertos y ser *glorificados* como lo fue Jesucristo.

Ahora bien, el cristiano verdaderamente convertido es “engendrado” por Dios en esta vida para *nacer* luego en la Familia de Dios en la resurrección de los muertos.

El apóstol Pablo escribió: “Ahora Cristo ha resucitado de los muertos; primicias de los que durmieron es hecho. Porque por cuanto la muerte entró por un hombre, también por un hombre la resurrección de los muertos. Porque así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados... Así también está escrito: Fue hecho el primer hombre Adán alma viviente; el postrer Adán, espíritu vivificante. Mas lo espiritual no es primero, sino lo animal [material]; luego lo espiritual. El primer hombre es de la Tierra, terrenal; el segundo hombre, que es el Señor, es del Cielo... Y así como hemos traído la imagen del terrenal, traeremos también la imagen del celestial” (1 Corintios 15:20-22, 45-47, 29).

Sí, vamos a ser hijos en la resurrección, no falsamente “nacidos de nuevo” ante una multitud emocionada. La *verdadera experiencia* de “nacer de nuevo” será inmensamente superior a la falsa experiencia emotiva que confunde hoy al mundo religioso. Son cosas que ni siquiera pueden compararse. Al sonido de la “última trompeta”, Jesucristo regresará a la Tierra como Rey de reyes, y los que sean considerados dignos serán arrebatados hacia las nubes para encontrarse con Él en el aire (1 Tesalonicenses 4:16-17). Entonces tendrán *cuerpo espiritual* y serán *glorificados* como miembros recién “nacidos” en la Familia divina. **No** serán considerados como simples hijos “adoptivos” o seres “creados”, sino que serán *hijos nacidos de Dios*, con su misma *naturaleza divina*, así como al nacer en esta vida tenemos la naturaleza y las características humanas de nuestros progenitores.

Para usar una analogía humana, ahora somos hijos “engendrados” por Dios; aún estamos en el vientre de nuestra madre [la Jerusalén de arriba, Gálatas 4:26] y actualmente estamos *creciendo* en gracia y conocimiento para poder *nacer* de Dios en la resurrección (ver Romanos 1:4; 8:29). El apóstol Juan escribió: “Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando Él se

manifieste, **seremos semejantes a Él**, porque le veremos tal como Él es” (1 Juan 3:2). Sí, inos veremos como Jesucristo a partir de ese momento!

¿Cómo es Jesucristo actualmente? Apocalipsis 1:14, 16 nos da una descripción: “Sus ojos como llama de fuego... su rostro... como el Sol cuando resplandece en su fuerza”. Así es el Cristo glorificado, y nosotros también seremos *glorificados*, isegún el maravilloso propósito del gran Dios que nos hizo a su imagen!

¡El futuro de los vencedores!

Veamos por un momento la primera carta del apóstol Juan. En el capítulo 3, después de explicar que seremos como el Cristo glorificado y que podremos mirar la plenitud del resplandor de su gloria cara a cara, el apóstol Juan escribe: **“Todo aquel que tiene esta esperanza en Él, se purifica a sí mismo, así como Él es puro”** (v. 3). Una vez que entendemos el supremo *propósito* de Dios, a saber, el increíble potencial que nuestro Creador ha puesto en nosotros, tenemos *muchas razones* para querer ser “puros” y llevar una vida justa y santa.

Nuestra verdadera recompensa no es el “ocio eterno” ni “tocar arpa en las nubes”, sino convertirnos en “hijos de la resurrección” para *reinar* con Jesucristo sobre el planeta Tierra durante mil años a fin de limpiar la contaminación, eliminar la pornografía y la guerra; ayudar a alimentar y sanar a las masas hambrientas y enfermas, brindar *alegría* indescriptible a un mundo atribulado por la guerra y la violencia, a sentir la satisfacción y el gozo profundo que produce una labor cumplida con gran éxito.

No gobernaremos únicamente sobre seres humanos sino sobre los poderosos *ángeles* de Dios. En 1 Corintios 6:2-3 leemos lo siguiente: “¿O no sabéis que los santos han de juzgar al mundo? Y si el mundo ha de ser juzgado por vosotros, ¿sois indignos de juzgar cosas pequeñas? **¿O no sabéis que hemos de juzgar a los ángeles?** ¿Cuánto más las cosas de esta vida?” Toda la experiencia cristiana mediante la cual se cultiva en nosotros el mismo sentir y el carácter de Cristo (Filipenses 2:5) tiene este supremo *objetivo*.

¿Qué ocurrirá después de esto? Leamos las palabras inspiradas del apóstol Pablo en Hebreos 2:5-7: “No sujetó a los ángeles el mundo venidero, acerca del cual estamos hablando; pero alguien testificó en cierto lugar, diciendo: ¿Qué es el hombre, para que te acuerdes de él, o el hijo del hombre, para que le visites? Le hiciste un poco menor que los ángeles, le coronaste de gloria y honra, y le pusiste sobre las obras de tus manos”.

Aquí se nos enseña que el destino del hombre es ser superior a los ángeles. Porque el hombre fue hecho “menor”, o como lo traduce Villapadierna: “Le pusiste momentáneamente más bajo que los ángeles”. Sin embargo, el proyecto de Dios es *sujetar todas las cosas* al hombre.

El hombre ha inventado computadores potentísimos, y es también capaz de aniquilar la vida en el planeta Tierra con bombas de hidrógeno y otras armas de destrucción masiva. Nos obstante, el hombre no podría explorar el Universo *aunque* viajara a la velocidad de la luz, ya que está limitado por necesidades de alimento, agua, oxígeno y por las enormes distancias que separan los planetas.

Heredar el Universo

Hablando del mundo venidero, Dios dice que todas las cosas las pondrá bajo los pies del hombre. El vocablo griego que aquí se traduce como “todas las cosas” puede entenderse como “**todo el Universo**”. Una versión de la Biblia dice que Dios está “sujetando el Universo al hombre”.

Inmediatamente después de esto, el apóstol Pablo escribe: “En cuanto le sujetó todas las cosas, *nada* dejó que no sea sujeto a él [al hombre]; pero todavía no vemos que todas las cosas le sean sujetas” (Hebreos 2:8). Tengamos en cuenta que “nada” queda excluido de estar bajo el dominio del hombre. Sin embargo, “todavía” no se ha cumplido. El *Comentario crítico y experimental* de la Biblia dice lo siguiente al respecto: “Puesto que las Escrituras no señalan ninguna limitación, la expresión *todas las cosas* incluye no solo lo terrenal sino lo celestial” (vol. VI, 1948, pp. 530-531).

The New Bible Commentary Revised (El nuevo comentario bíblico revisado) dice también en referencia a este pasaje de las Escrituras: “Estos versículos indican que no solo Jesucristo, sino los hombres mediante Jesucristo como Sumo Sacerdote y Autor de la salvación, son llamados a heredar un destino de *gloria* y dominio” (ed., Guthrie, et al., 1975, pp. 1196-1197).

Esto significa en forma clara y sencilla que Dios creó al hombre para que fuera como Él. Los que sean vencedores están destinados a ser hijos *reales* de Dios, no “pseudohijos” en un plano de existencia inferior.

Refiriéndose a los “hijos de la resurrección” (Lucas 20:36), la epístola a los Hebreos dice: “[Dios] *nada* dejó que no sea sujeto a él [al hombre]” (Hebreos 2:8). Nuestro destino consiste, pues, en llegar a ser hijos de Dios *en el sentido estricto de la palabra* para tomar parte en el gobierno de *todo el Universo* bajo la dirección de nuestro Hermano mayor y Sumo Sacerdote, Jesucristo.

A partir de ese momento tendremos cuerpos espirituales glorificados que no estarán sujetos a las leyes físicas como ocurre en nuestro estado actual. Tendremos poder para viajar por el Universo a una velocidad muy superior a la de la luz, porque seremos miembros de la Familia del Creador, y podremos desplazarnos a la velocidad del pensamiento.

Cuando estemos al servicio de nuestro Padre y de Jesucristo, en el gobierno *perfecto* de Dios, tendremos sin duda la oportunidad en los siglos venideros de rejuvenecer y embellecer vastas regiones del Universo que ahora están en tinieblas, sin vida y desoladas. Sin duda habrá una nueva actividad creadora para llevar a cabo proyectos de toda índole. Como dice la Escritura: “Un niño nos es nacido, hijo nos es dado, y el principado sobre su hombro; y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios Fuerte, Padre Eterno, Príncipe de Paz. **Lo dilatado de su imperio y la paz no tendrán límite**” (Isaías 9:6-7).

Una vez que llegemos a comprender plenamente este maravilloso propósito para la humanidad, muchas otras cosas relacionadas con la vida humana y el verdadero camino de vida cristiano, empezarán a cobrar un significado mucho más profundo.

Veamos Romanos 8:17: “Y si hijos, también herederos; herederos de Dios y **coherederos con Cristo**, si es que padecemos juntamente con Él, para que *juntamente con Él seamos glorificados*”. Cuando logramos entender la gloria suprema que nos espera, la *gloria de Dios*, entonces nuestras pruebas humanas parecen menos abrumadoras. Filipenses 3:21 dice que a su regreso, Jesucristo “transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya, por el poder con el cual puede también sujetar a sí mismo todas las cosas”.

Los seres espirituales enseñarán a la humanidad el camino de Dios

En el diálogo con Nicodemo sobre el concepto de “nacer de nuevo”, Jesús señaló: “Lo que es nacido de la carne, carne es; y **lo que es nacido del Espíritu, espíritu es**. No te maravilles de que te dije: Os es necesario nacer de nuevo. El viento sopla de donde quiere, y oyes su sonido; mas ni sabes de dónde viene, ni adónde va; **así es todo aquel que es nacido del Espíritu**”. (Juan 3:6-8).

En la resurrección, los santos nacidos del Espíritu serán como el Cristo resucitado. Podremos atravesar paredes (Juan 20:19) y “desaparecer” a voluntad (Lucas 24:31).

Al igual que Jesucristo, los santos resucitados podrán aparecer en forma humana para conversar y comer con los seres humanos y

enseñarles el camino de Dios durante el Reino milenario de Jesucristo en la Tierra. En el capítulo 21 de su Evangelio, el apóstol Juan nos presenta al Cristo resucitado preparando un desayuno de pescado asado para sus discípulos (v. 9). Jesús estuvo allí conversando con sus discípulos y enseñándoles.

Es fascinante pensar en las situaciones interesantes, emocionantes y aun divertidas que surgirán en el mundo de mañana cuando los hijos resucitados de Dios sorprendan y tal vez asusten momentáneamente a seres humanos desprevenidos.

En el capítulo 30 de Isaías se describe el tiempo cuando toda la nación de Israel, no solo los descendientes de Judá sino las doce tribus descendientes de Jacob, regresarán del cautiverio que les espera para estar bajo el gobierno y la dirección de seres divinos: “Bien que os dará el Señor pan de congoja y agua de angustia, con todo, tus maestros nunca más te serán quitados, sino que tus ojos verán a tus maestros. Entonces tus oídos oirán a tus espaldas palabra que diga: Este es el camino, andad por él; y no echéis a la mano derecha, ni tampoco torzáis a la mano izquierda” (vs. 20-21).

En el ya próximo Reino milenario de Jesucristo y de los santos resucitados, los millones de seres humanos que vivan en la Tierra aprenderán finalmente cuál es el **camino** que conduce a la paz, a la prosperidad y a la verdadera felicidad. “Vendrán muchas naciones, y dirán: Venid, y subamos al monte del Eterno, y a la casa del Dios de Jacob; y nos enseñará en sus caminos, y andaremos por sus veredas; porque de Sion saldrá la ley y de Jerusalén la palabra del Eterno. Y Él juzgará entre muchos pueblos, y corregirá a naciones poderosas hasta muy lejos; y martillarán sus espadas para azadones, y sus lanzas para hoces; no alzará espada nación contra nación, ni se ensayarán más para la guerra” (Miqueas 4:2-3).

El gran **designio** de Dios al darnos la vida y el aliento es que lleguemos a unirnos a Él y a su Hijo “primogénito”, Jesucristo, en una *relación familiar* basada en el amor, servicio y obediencia en el camino que produce paz y felicidad: La ley espiritual de Dios revelada en los diez mandamientos y las enseñanzas de Jesucristo.

Respuestas a las objeciones

Para ser una persona *convertida* en esta vida, primero es necesario *arrepentirse* profundamente del *pecado* el cual es “infracción de la ley” (1 Juan 3:4). Una vez cumplido este requisito, Dios promete el *don* del

Espíritu Santo (Hechos 2:38), el cual da a los que *obedecen* (Hechos 5:32).

Después es necesario *vencer* con la fortaleza y ayuda que nos vienen por medio del Espíritu Santo y crecer “en la *gracia* y el *conocimiento* de nuestro Señor y Salvador Jesucristo” (2 Pedro 3:18), es decir, en el desarrollo del *carácter* de Dios. Mediante este proceso nuestro Padre celestial nos transmite su *naturaleza*. Esto quiere decir que no somos simplemente hijos “adoptivos”, sino literalmente “engendrados” y finalmente ***nacidos*** de Dios. Una vez fecundados con la naturaleza divina, debemos continuar *creciendo* espiritualmente hasta que estemos listos para “nacer de Dios” en la resurrección.

Como soberano absoluto de todo lo que existe, Dios no quiere correr el riesgo de que sus hijos se rebelen contra Él. Únicamente aquellos que hayan *sometido* totalmente su vida y voluntad a Dios y a su Salvador y Rey venidero, Jesucristo, serán tenidos por dignos de convertirse en miembros de la Familia divina, a saber, gobernantes en el Reino de Dios.

Este análisis debe servir como prueba suficiente para refutar la objeción que algunos han presentado en contra de esta maravillosa verdad. Hay quienes creen que si los santos resucitados llegan a ser verdaderamente Dios, por haber sido plenamente asimilados a su Familia, con el *poder de Dios*, entonces existiría el grave peligro de que se rebelaran contra Dios el Padre y tal vez empezaran una guerra espiritual como lo hizo Lucero (Isaías 14:12-15). Esta objeción revela una ***falta de entendimiento casi total de lo que es la verdadera conversión***. El que se ha sometido a su Creador y ha aprendido a caminar con Dios durante años de sufrimientos, pruebas y persecuciones, la vida que corre todo verdadero cristiano; si no se da por vencido sino que persevera fielmente hasta el fin (Mateo 24:13), ***no hay posibilidad*** de que una persona así se aparte y rebele contra su Padre celestial.

Los “hijos de la resurrección” (Lucas 20:36) seremos semejantes a Dios. Recordemos que “Dios no puede ser tentado por el mal” (Santiago 1:13). Dios no peca porque en su divino carácter que es eterno e intrínsecamente fiel y justo no hay lugar para el pecado. Por esta razón, la idea de que alguien que haya nacido dentro de la Familia de Dios se rebele y peque es *un contrasentido*.

Otra objeción es que es imposible llegar a ser como Dios el Padre quien jamás fue creado y siempre ha existido. Esta objeción pasa por alto la maravillosa verdad de que en la resurrección vamos a *nacer* literalmente de Dios. A partir de ese momento no seremos simples “seres creados” sino ***fruto de las entrañas mismas de Dios***, llenos del Espíritu Santo y

compuestos de Espíritu Santo como Dios mismo.

Porque Dios se está reproduciendo según su género así como los seres humanos se reproducen según su género. Los hijos de Dios nacidos en la resurrección no serán una especie inferior de seres espirituales, así como los hijos de los seres humanos no son de una especie inferior a la de sus progenitores.

Otro punto esencial que es necesario recordar en relación con este tema es que Jesucristo se va a “casar” con la Iglesia en su segunda venida (2 Corintios 11-2; Apocalipsis 19:7). ¿Será la esposa de Cristo alguien inferior a Él, un ser de una clase totalmente diferente? ¿Existirán los santos glorificados en un plano inferior al plano de la existencia de Dios como una mascota en comparación con el ser humano? ¡Piense seriamente en esto!

Muchas personas sinceras se escandalizan al principio cuando oyen la asombrosa verdad del destino humano. Otras se dedican a hacer “juegos de palabras” para tratar de confundir y oscurecer una de las verdades más *asombrosas* y *esenciales* que revela la Biblia, a saber, el asombroso, inspirador y portentoso *designio* que nuestro Creador tuvo en mente cuando hizo al ser humano a su imagen!

Aunque ya lo he dicho, quiero repetirlo una vez más para que nadie trate de tergiversar estas palabras: Dios el Padre y Jesucristo nuestro Rey y Salvador *siempre* serán mayores que nosotros en poder y autoridad. No obstante, como “hijos de la resurrección”, los santos estarán en el ***mismo plano de existencia*** de Dios así como los hijos e hijas de los seres humanos pertenecen al *mismo plano de existencia* de sus progenitores. Obviamente, Dios el Padre y Jesucristo, habiendo existido desde siempre, han hecho y harán más que todos los santos resucitados. Pero podemos decir también que nosotros hemos vivido más en el pasado que nuestros hijos humanos; sin embargo, *ison tan humanos* como nosotros!

Debemos entender que la continuidad de la “eternidad” prosigue perpetuamente y que, como miembros de la Familia del Creador, los santos se unirán a Dios en la actividad de gobernar, crear y realizar asombrosos proyectos en todo el Universo en los siglos venideros. (Isaías 9:7).

Dios es eterno

Un argumento falso en contra de la verdad de nuestro grandioso destino, dice lo siguiente: “Nunca podremos ser plenamente como Dios porque Dios ha existido *eternamente* y es el Creador de todas las cosas, ¡y nosotros

no lo somos!

¿Hay alguna respuesta? La respuesta a este argumento se encuentra en parte en Romanos 4:17. Aquí el apóstol Pablo nos recuerda que Dios llamó a Abraham “padre de muchas naciones”. Dios lo declaró como *un hecho* muchísimo **antes** de que ocurriera. El apóstol Pablo agrega bajo inspiración divina: “Dios... el cual da vida a los muertos y llama las cosas que no son *como si fueran*” (RV 1995).

La *realidad suprema* es la voluntad de Dios. Dios ya había dispuesto que Abraham fuera “padre de muchas naciones”. En la mente de Dios esto ya era un *hecho* porque era su voluntad.

De igual manera, Dios había proyectado desde el principio reproducirse a sí mismo. “Según nos escogió en Él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de Él, en amor” (Efesios 1:4-5). También leemos: “A los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que Él sea el primogénito entre muchos hermanos” (Romanos 8:29).

Así que el propósito de Dios de tener más hijos en su Familia para que Jesucristo fuera “el primogénito entre muchos hermanos”, fue planeado por la mente y la *voluntad* de Dios “antes de la fundación del mundo” (Efesios 1:4). Si tenemos en cuenta la *realidad absoluta* que Dios se propuso llevar a cabo, vemos que los vencedores ya han recibido el don de la vida eterna mediante el poder de la voluntad inmutable de Dios!

Tenemos otra clara indicación del proceder de Dios en Hebreos 7:9-10: “Por decirlo así, en Abraham pagó el diezmo también Leví, que recibe los diezmos; porque aún estaba en los lomos de su padre cuando Melquisedec le salió al encuentro”.

Dios nos dice aquí que Leví pagó el diezmo en Abraham antes que existiera, puesto que Leví “estaba en los lomos” de su bisabuelo, Abraham. Entonces, por decirlo así, nosotros también hemos estado “en los lomos” espirituales de nuestro Padre celestial, cuya *voluntad* desde antes de la fundación del mundo es que seamos sus hijos. Según la forma como Dios piensa y actúa, los santos verdaderos que permanezcan fieles y venzan, **siempre han existido** en la mente de Dios.

Estábamos en los “lomos” de Dios cuando creó a los ángeles, cuando creó la Tierra y puso en ella a los seres humanos, y cuando envió a su Hijo para hacer posible nuestra entrada en la Familia eterna de Dios.

Jesús dijo: “Dios es Espíritu” (Juan 4:24). También dijo: “Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es” (Juan 3:6). Cuando hayamos “nacido de Dios” y seamos “hijos de la

resurrección” (Lucas 20:36), tendremos la “naturaleza divina” (2 Pedro 1:4). Tendremos un “cuerpo espiritual” (1 Corintios 15:44), así como Jesucristo y el Padre tienen cuerpos espirituales. El Espíritu Santo que emana del Padre y de Jesucristo es eterno y siempre ha existido y siempre existirá.

Aunque seremos nuevas “personas” que se suman a la Familia de Dios mediante el “nacimiento” espiritual en la resurrección, en cierto sentido siempre hemos existido en la mente y en la voluntad de Dios. Hemos estado en los “lomos” de nuestro Padre desde la eternidad, y estaremos *compuestos* de Espíritu, el cual es eterno.

Así, nuestro nacimiento espiritual como **auténticos hijos de Dios**, es parte de la continuidad espiritual de la voluntad de Dios. Y si somos vencedores, una vez que hayamos sido plenamente integrados en la Familia o Reino de Dios, trabajaremos con nuestro Padre y nuestro Hermano mayor en la creación, regeneración y mejoramiento del Universo. Porque como dice la Palabra de Dios: “Lo dilatado de su imperio y la paz no tendrán límite” (Isaías 9:7).

Los verdaderos cristianos tienen una oportunidad absolutamente asombrosa en el futuro. Dentro de mil millones de años, cuando hayamos estado trabajando y creando por una “eternidad” bajo la dirección de nuestro Padre y Jesucristo, los argumentos engañosos y juegos de palabras de los teólogos ciegos de este mundo, que se empeñan en negar el claro propósito de Dios de hacernos sus hijos auténticos, serán trivialidades olvidadas en la noche de los tiempos. Jesús dijo: “Dejadlos; son ciegos guías de ciegos; y si el ciego guiare al ciego, ambos caerán en el hoyo” (Mateo 15:14).

La grandeza del amor de Dios

Dios ha creado a los seres humanos de tal manera que, una vez que un joven y una joven se casan, su mayor anhelo es tener hijos. Desean *compartir* su hogar, *compartir* su vida y *compartir* su **amor** con ese pequeño ser humano hecho a su imagen. Ansían tener un bebé, un niño que como ser humano idéntico a ellos, se desarrolle, crezca y aprenda hasta llegar a participar plenamente en los planes, las esperanzas y los sueños de sus padres; en unión con sus hermanos y hermanas en una relación familiar en la que reina el amor.

Este anhelo de familia proviene de Dios, porque Dios es así. “El que no ama, no ha conocido a Dios; porque Dios es amor” (1 Juan 4:8). Y como Dios es amor, quiere *compartir* su amor, su gloria y su eternidad con

miles de millones de seres que se convertirán en sus *auténticos* hijos en la resurrección. Si Dios el Padre y Jesucristo fueran egoístas, solitarios o carentes de amor y de sincero interés por los demás, tal vez quisieran reservarse para sí mismos esa relación sublime de amor; sin permitir que otros pudieran unirse a su Familia y ser plenamente integrados al plano divino mediante su propia reproducción.

Gracias al amor espiritual que motiva a nuestro Padre y nuestro Señor Jesucristo [a *Elohim*, la Familia divina], han decidido reproducirse a sí mismos, poniendo en los seres humanos que se sometan a su voluntad como verdaderos cristianos, la semilla de su “naturaleza divina”. Dios cuida ahora de sus hijos “engendrados” a lo largo de la vida física, en la cual aprenden a vencer hasta que, al igual que Jesucristo, “el *primogénito* de entre los muertos” (Colosenses 1:18), lleguen a “nacer” de Dios como “hijos de la resurrección” (Lucas 20:36).

¿Qué tan grande es el amor de Cristo? El apóstol Pablo oró para que los cristianos llegaran a ser “plenamente capaces de comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, y de conocer el *amor* de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que ***seáis llenos de toda la plenitud de Dios***” (Efesios 3:18-19). ¿Cómo puede uno ser lleno de “***toda la plenitud de Dios***” y no ser Dios?

El amor de Jesucristo y de nuestro Padre celestial los mueve a compartir con nosotros su gloria eterna, convirtiéndonos en hijos, en el pleno sentido de la palabra, de su Reino, es decir, de la Familia de Dios. En el futuro, cuando el lector estudie pasajes del Nuevo Testamento relacionados con los santos resucitados que han de heredar la gloria de Dios, tal vez verá en esas escrituras un significado más profundo; porque este es “el misterio que había estado oculto desde los siglos y edades, pero que ahora ha sido manifestado a sus santos, a quienes Dios quiso dar a conocer las riquezas de la gloria de este misterio entre los gentiles; que es Cristo en vosotros, la esperanza de gloria” (Colosenses 1:26-27).

Los seres humanos siempre se han preguntado: ¿Por qué nací? ¿Cuál es el propósito de la vida? Si existe Dios, ¿por qué permite que los seres humanos pasemos por tantas pruebas y sufrimientos?

¡El misterio ha sido resuelto! Si su mente y su corazón están dispuestos, usted puede *saber* la respuesta a estos profundos interrogantes que a lo largo de los siglos han intrigado a filósofos y eruditos. Debemos estar eternamente agradecidos con nuestro Dios y nuestro Salvador, Jesucristo, por habernos hecho “según su especie”.

La ferviente oración de Jesucristo

En las últimas veinticuatro horas de su vida, víspera de su crucifixión, Jesucristo elevó a Dios la oración más completa que de Él se haya consignado en la Biblia. Revisemos algunos puntos de tan inspiradora plegaria: “Ahora pues, Padre, glorifícame tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese” (Juan 17:5). Jesucristo implora específicamente que aquella magnífica gloria que tenía con el Padre desde la eternidad le sea restituida al que habría de convertirse en “el primogénito entre *muchos* hermanos” (Romanos 8:29).

En Juan 17:11 Jesús dijo: “Padre santo, a los que me has dado, guárdalos en tu nombre, para que sean uno, así como nosotros”. Jesucristo y el Padre son *un* Dios, *una* Familia; y están en *un* nivel de existencia superior al de todas las criaturas. Jesucristo oró para que los santos llegaran a ser **uno** en el *mismo sentido*.

Veamos ahora Juan 17:20-23: “Mas no ruego solamente por estos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno como nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste.

La gloria que me diste, yo les he dado, para que sean uno, así como nosotros somos uno. Yo en ellos, y tú en mí, para que sean perfectos en unidad, para que el mundo conozca que tú me enviaste, y que los has amado a ellos como también a mí me has amado”.

Estas palabras, inspiradas por un amor desbordante, son grandiosas y sublimes. Nos muestran de manera clara que quienes estén dispuestos a someterse totalmente a Dios y a dejar que Jesucristo viva su vida en ellos por medio del Espíritu Santo (Gálatas 2:20), alcanzarán la misma clase de gloria que Él alcanzó y llegarán a ser totalmente *uno* con Dios (así como Jesucristo es uno con el Padre) y, por ende, obviamente *serán* Dios. Este será el cumplimiento supremo del designio de Dios al darnos vida y comprensión espiritual. “Para que el mundo conozca que tú me enviaste, y que *los has amado* a ellos como también a mí me has amado” (v. 23).

El amor indescriptible de nuestro Padre es algo que supera la capacidad de comprensión del ser humano. Sin embargo, quienes lo entendemos, debemos corresponder a ese amor con profunda reverencia, con gratitud y obediencia a nuestro gran Dios. Debemos esforzarnos por vivir “de toda palabra de Dios” (Lucas 4:4). Tenemos que aprender a caminar por fe (2 Corintios 5:7), manteniendo siempre los ojos en la grandiosa meta que Dios nos ha puesto por delante.

“Sin fe es imposible agradar a Dios; porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay, y que es galardonador de los que le buscan [diligentemente]” (Hebreos 11:6). ¡Y cuán grande es ese galardón!

Con todo mi corazón y con todo mi ser animo a todo aquel que lea este mensaje a que *busque* “diligentemente” a Dios. No permita que *nada* se interponga ni estorbe el maravilloso designio de Dios para su vida. Aprenda a orar de rodillas ante el Supremo Gobernante del Universo y a derramar el corazón ante Él; implorándole el amor, la sabiduría y la fortaleza tan necesarios para vencer y llegar a ser su *hijo auténtico* en el Reino que pronto va a ser establecido en esta Tierra.

No hay nada más emocionante. Y cuando lo entendamos de verdad, no hay nada más “real” que lo que el gran Dios ha dicho que habrá de suceder. Este será el cumplimiento final del evangelio de Jesucristo, la mejor noticia jamás proclamada en el Universo, a saber, que el hombre puede nacer en el Reino de Dios en el plano de la existencia divina.

Jacob, el patriarca, tuvo doce hijos, y ellos a su vez tuvieron hijos, hijas, nietos y bisnietos... millones y millones de descendientes. Fue así como se convirtieron en una nación: el Reino de Israel. De la misma forma, Jesucristo le ayuda al Padre a “llevar muchos hijos a la gloria” (Hebreos 2:10). Ellos están produciendo toda una nación de seres espirituales, el “Reino” espiritual de Dios, formado por hijos auténticos de Dios, nacidos de Dios mediante la resurrección y que tienen la naturaleza y el carácter de Dios. Quiero repetir aquí que este es el significado supremo del “evangelio”, la *buena noticia* del trascendental *propósito* de nuestra vida!

“Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando Él se manifieste, seremos semejantes a Él, porque le veremos tal como Él es. Y todo aquel que tiene esta esperanza en Él, se purifica a sí mismo, así como Él es puro” (1 Juan 3:2-3). Ahora que usted entiende *el misterio del destino humano*, sabe por qué Dios quiere que usted permita que Él y su Hijo cultiven en usted el carácter justo y recto de Dios.

Dios el Padre y su Hijo primogénito están preparando a otros hijos de Dios para que se les unan en la obra de gobernar el mundo y más tarde el Universo. Cuando usted salga una noche en que el cielo esté claro y brillen las estrellas, trate de contar todas las que pueda y piense en los miles de millones de estrellas que se extienden por la inmensidad del Universo y que usted no alcanza a ver; y entonces medite en el asombroso propósito de su vida y dé gracias a Dios por ello. Después póngase de rodillas y

El misterio del destino humano

empiece a cumplir celosamente la parte que le corresponde para que este designio se haga realidad. □

La Iglesia del Dios Viviente cuenta con una variedad de publicaciones escritas específicamente para ayudar a comprender mejor los propósitos de Dios para el mundo y para cada uno de los seres humanos. Entre otros, usted puede solicitar sin ningún costo para usted, nuestro ***Curso bíblico por correspondencia*** y los siguientes folletos:

¿Conoce usted el verdadero evangelio?

¿Cuál es el día de reposo cristiano?

Estados Unidos y Gran Bretaña en profecía

Dirija su solicitud a nuestra dirección más cercana que encontrará en la página siguiente o puede llamarnos a uno de los teléfonos indicados. También puede hacer su solicitud enviando un correo a: viviente@lcv.org o ingresando a nuestro sitio en la red: www.mundomanana.org, donde también puede descargar nuestras publicaciones.

El Mundo de Mañana

Direcciones postales

Estados Unidos

Apartado 3810
Charlotte, NC 28227-8010
Tel. 1 (704) 844 1970
media@lcg.org

Costa Rica

Apartado 234
6151 Santa Ana 2000
www.mundomanana.org
viviente@lcg.org

